

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA PEDAGÓGICA

AUSTRALIA

Las malas lecturas.—Al paso que la pornografía y las malas lecturas se van extendiendo entre la juventud, una corriente de preservación se pone de manifiesto en todos los países civilizados para evitar los daños de aquellas lecturas.

Las Aduanas australianas proceden en la actualidad a una severa depuración de los libros importados. Varias novelas inglesas y americanas, el «Decamerón», de Boccacio, y otras reimpresiones italianas y francesas de libros del siglo XVIII no han sido indultadas por los censores del Gobierno.

El cónsul de Italia en Melbourne ha enviado a las autoridades una carta de protesta contra la inclusión entre estos libros del «Decamerón», y recordando que Boccacio es el padre y modelo de la prosa italiana, y que uno de sus ilustradores más brillantes fué precisamente el artista australiano Norman Lindsay.

Pero las autoridades australianas, después de maduro examen, han decidido que no es el «Decamerón» un libro recomendable para la juventud, y poco perderá ésta con no admirar sus bellezas.

Ello es que a la par que cunde en los pueblos la relajación moral, vanse poniendo más de relieve los beneficios de una buena educación de la juventud, y en ella fundan los hombres prudentes sus mejores esperanzas para lo porvenir.

ITALIA

Médicos y enfermeras escolares de Milán.—La población escolar de la ciu-

dad de Milán es de 65.000 alumnos, poco más o menos. En dicha ciudad está organizado el servicio de higiene escolar desde el año 1914 con exquisito cuidado.

Un médico escolar en jefe tiene la dirección e inspección general del servicio, y le secundan 14 médicos escolares, cada uno de los cuales vigila uno de los 14 grupos que se han formado con las Escuelas de la ciudad.

En cada Escuela se reserva un gabinete para el médico y para la enfermera visitadora. Las enfermeras escolares son 78 actualmente.

El médico escolar examina, al empezar el curso, todos los alumnos nuevos antes de su admisión; determina los que no pueden ser admitidos por causa de enfermedad, y los que deben ser matriculados en una Escuela especial (Escuela de bosque, Escuela para retrasados, para anormales psíquicos, para tíficos, tuberculosos, raquíticos, etc.)

Cada semana debe visitar las Escuelas de su grupo y dirigir al médico escolar en jefe un informe sobre el funcionamiento de los servicios escolares desde el punto de vista de la higiene. Ha de visitar también a todos los alumnos al abrir las Escuelas para señalar los enfermos, los defectuosos y aquellos que, en general, merecen el cuidado de las colonias escolares o las obras de asistencia escolar. Tres veces por semana ha de visitar a los alumnos que hayan estado enfermos más de cinco días, y que en consecuencia, no puedan ser admitidos en la Escuela sin un certificado del médico escolar. Durante estos tres días de inspección debe ocuparse también de todos los alumnos que, sin estar

enfermos, padecen dolencias que necesitan la asistencia del médico.

En cada Escuela o en todo grupo de Escuelas pequeñas, hay también una enfermera visitadora, que ayuda al médico en sus inspecciones o en la visita de los enfermos, y que ejecuta sus prescripciones para los alumnos sometidos a tratamiento médico o a una vigilancia sanitaria particular. También debe, por una vigilancia continua, impedir la difusión de los piojos en cabellos y vestidos; cuidar las leves heridas, úlceras, y algunas otras enfermedades infantiles (eczemas, herpes, etc.). Debemos añadir que la enfermera visitadora vigila comidas y recreos de los alumnos; da los medicamentos o reconstituyentes, según las órdenes del médico; vigila baños y duchas que se dan en la Escuela; acompaña hasta sus domicilios a los niños que han de regresar a sus casas por enfermos; fiscaliza los alumnos inscritos en la Mutuallidad escolar enfermos; toma parte en los paseos escolares, etc.

Como toda institución, esta organización del servicio de higiene escolar no es perfecta, pero representa un serio esfuerzo encaminado a resolver un problema muy importante: la tutela higiénica de la población escolar.

JAPON

El Museo de Educación de Tokio.—El Museo de Educación de Tokio propende al mejoramiento y al adelanto de la instrucción, mediante la exhibición al público en general de objetos, libros y mapas, esenciales para fines educativos. Depende de la Oficina de Educación general del Ministerio del ramo. Las existencias de este Museo consisten en artículos de referencia para las ciencias naturales y aplicadas y para la educación doméstica, escolar y social. Tiene anexa una biblioteca donde se hallan, para el uso del público, libros nacionales y extranjeros sobre educación general y popular.

El edificio principal del Museo es una construcción de madera, de dos pisos, que cubre un área de 300 «tsubo» (el «tsubo» es medida de superficie equivalente a 36 pies ingleses, cuadrados).

Fué terminado en 1920. Es seis veces más amplio que el edificio antiguo de la misma institución, el cual se destina

ahora a oficinas del Museo y biblioteca anexa.

El número de los objetos y diversos artículos que constituyen la exposición, es de 34.035, y durante el año 1919 fueron prestados a 85 instituciones, Escuelas públicas o sociedades de educación).

Es crecida la cantidad de objetos que recibe por donación de oficinas del gobierno, compañías y particulares. Por ejemplo, en el año mencionado, los objetos donados fueron 1.114, y además, 214 series de periódicos y revistas.

Uno de los artículos que más circularon en aquel año, fueron las fotografías de la guerra europea, expuestas en 39 instituciones, en número de 30.407.

El número de artículos de referencia sobre educación aumentó considerablemente, sobre todo por una contribución de más de 3.000 de ellos, preparados por alumnos de Escuelas extranjeras, y recibidos por intermedio del Ministerio. Estos artículos fueron utilizados por 46 instituciones, que los tomaron en préstamo del Museo. Además, el Museo envió artículos de referencia sobre experimentos escolares en física y química a diversas instituciones, y exhibió una serie de ellos en la Exposición de Química Industrial de Ikenohata.

El Museo ha recibido y atendido numerosas consultas sobre establecimientos de museos escolares, cuestiones de educación popular y manufactura, selección y compra de mobiliario escolar y material de enseñanza.

En el último año de que tenemos noticias estadísticas, el Museo permaneció abierto 323 días, en los que concurren 142.805 visitantes, de los cuales 25.694 acudieron para consultar libros. El término medio de visitantes por día fué de 440. Los grupos de alumnos ascendieron a 232, que en total sumaban 21.942 personas.

El Museo celebra exposiciones especiales. La primera de éstas fué la realizada en noviembre de 1917. Se refería a la última guerra y en particular a los adelantos científicos empleados en ella; fué visitada por más de 40.000 personas. La segunda fué la Exposición sobre economía e higiene de la alimentación. La tercera se destinó a secundar la campaña para la prevención de la viruela.



Certamen pedagógico de Avila

(Continuación), véase número 6.629.

Desde los primeros pasos hay que precaverse contra el defecto de la lectura mecánica, que suele arraigar en los pequeños, como la mala hierba en campos descuidados; procúrese que asocien siempre la idea a la palabra, el pensamiento a la frase, para que no resulte la lectura vana, en que el lector no reflexiona, inconveniente grandísimo que puede salvarse eligiendo en los principios asuntos sencillos, habituando al niño a darse cuenta de lo leído mediante ejercicios de conversación.

Otro medio eficacísimo, sobre todo en el grado medio, contra esta detestable lectura, es procurar que los alumnos adquieran el hábito de dar cuenta a su Maestro de cuanto hayan leído y escrito, pidiéndoles explicación del asunto, para indicarles después la falta de sencillez y de claridad en la explicación, procurando se enteren de sus progresos, para que de esta manera tengan alegría en el trabajo, que es lo que facilita toda tarea.

En este grado medio, después de la conversación sobre lo leído, se hará la escritura al dictado, con puntos derivados de la misma lección, a la que el dictado sirve de complemento. Estos puntos han de ser siempre cortos, sustanciosos y de utilidad, para enseñar con ellos, además de la ortografía, algo provechoso.

Al objeto de que los niños de este grado adquieran cierta habilidad artística que les disponga para formar más tarde bellos caracteres, copiarán con atención y lentitud las frases que el Maestro escriba en el encerado a su vista, para que se fijan en el orden de formación, manera de ligarlas y en la inclinación, dándoseles también modelos litográficos.

A la lectura expresiva e inteligente, que es la verdadera lectura, y a la composición escrita, deben dirigirse todos los afanes del Maestro, siendo ambas cosas esencialísimas en el grado superior, donde acostumbra a sus alumnos, en primer lugar, a que no lean libro algu-

no sin aconsejarse antes de él, o de otra persona culta, si debe leerle.

Los libros buenos abundan; la vida es corta, y el niño y el joven preparan su bienestar para la vejez con lecturas morales, instructivas, útiles y agradables, que no enciendan lucha en su espíritu. Entre los libros de texto para todos los ejercicios de lengua, deben figurar los que traten asuntos de nuestro ambiente nacional.

El Maestro que consiga persuadir a sus alumnos de la necesidad de esta consulta, hará un gran bien al lector y un buen servicio a la patria. Tenemos muchos enemigos dentro de casa que merecían ser expulsados de la sociedad de nuestra bendita España.

Para que de una lección de lengua en el grado superior puedan sacarse los frutos que nos proponemos, no han de separarse, como algunos opinan, la clase de lectura y escritura; seguirán unidas, puesto que, lo mismo que en los grados precedentes, se prestan ayuda recíproca como partes distintas, que ya hemos dicho son de un mismo todo. Los niños de este grado deberán ejercitarse en el manejo del diccionario, formarán alternando el diario de la Escuela y recitarán, pues sabido es que la recitación tiene un triple fin educativo: físico, intelectual y moral.

De todo lo dicho anteriormente se deduce que:

La enseñanza de la lectura y de la escritura deben practicarse *simultáneamente*, aprendiendo y perfeccionando una por medio de la otra, aprovechando el auxilio que se prestan en su concurso recíproco.

La *simultaneidad* en la enseñanza de la lectura y de la escritura, supone la supresión del trazado de palotes y demás ejercicios con que solía iniciarse el aprendizaje de la escritura.

Lo más natural y lógico es ejercitar a los niños a leer manuscritos para hacer el trabajo más útil, sin perjuicio de ejercitar la lectura en caracteres impresos.

Más interesante es en el idioma saber expresar con claridad los pensamientos,

verbal y gráficamente, que conocer las reglas teóricas de la construcción y el análisis.

Sin descender a detalles para no quitar a este trabajo su carácter esencial, que es la brevedad, indicaremos cómo se desenvuelven los principios sentados, llevándolos a la práctica del modo siguiente:

Grado de iniciación.—Hoy os voy a enseñar dos letras consonantes, porque, como ayer aprendísteis la *u*, ya conocéis las cinco vocales; de suerte que vais a empezar a leer sílabas. ¿Queréis vosotras aprender a leer y a escribir?

—Sí, señora.

—Muy bien; porque así no os llamarán ignorantes, y cuando seáis mayores no necesitaréis a nadie para que os lean las cartas.

Presíadme atención, que voy a empezar a escribir, y después leeremos lo escrito. Escribiré en el encerado para que todas lo veáis. Haré las letras en tipo redondo.

p, b.

Se llaman *p* y *b*. Al pronunciarlas se despegan los labios. Por eso las suelen llamar labiales.

Fijaos bien en sus figuras y en sus nombres. Decidme ahora. ¿Cómo se llama la primera? ¿Cómo la segunda?

En ese cartel grande, buscadme una *p*; ahora una *b*. Buscadlas también en ese alfabeto de madera.

Veremos si habéis olvidado los nombres. Repetidlos mirando otra vez al encerado.

Voy a escribir estas letras en forma manuscrita debajo de las redondas respectivas.

p, b.

¿Cómo se llama la primera? ¿Y la segunda? (Contestan todas a una voz).

Mirad cómo hago yo la *p* para que la hagáis vosotras después. (Hácela).

Vaya, regular. Ya verás mañana que bien hechita te va a quedar.

Voy a escribir la *b*; fijaos (otra niña traza la *b*).

También regular. Si hay en la clase más aplicaditas que las que yo me figuraba. (Ríen).

Ahora vamos a combinar estas dos letras consonantes aprendidas hoy con las cinco vocales que conocéis de otros días.

(Continuará).

IDEALES

El campo da su fruto. Ponen su nota alegre las amapolas en los trigales de inquietante verdor, y este serio y tranquilo cielo castellano de azul limpio, besa allá lejos el violeta intenso de la cordillera. Las escardadoras comban su cuerpo para arrancar la cizaña; unos hombres se doblan pesadamente sobre el arado preparando el terreno para la otra cosecha, y un pastorcillo procura encauzar su hato de corderos por una estrecha vereda.

Mayo florido grana la cosecha, y recompensa el trabajo. Para el laborioso es premio; para todos, enseñanza.

En el mar de mies hay una pequeña pradera donde eternamente suena la música riente de una fuentequilla. Allí nos damos cita algunos Maestros. Hablamos.

—Es agobiante esta vida mezquina— dice un Maestro joven—. A veces me creo una máquina ante la rutina diaria y el automatismo rígido de esta vida, siempre igual, que no puedo vencer, que no puedo derivar, a pesar de mis luchas. Lo consuetudinario puede con mi obra y conmigo. Vivir aquí optimista es soñar; no huir hacia otra vida es acabar como José Miguel; estar contento es renunciamiento, no ser; morir espiritualmente.

Su palabra era triste, y sus gestos reveladores del más acentuado pesimismo.

—Mira a tu alrededor—le dice un anciano Maestro, en quien los años y el estudio han puesto talento y medida—. Estos campos han sido abonados, trabajados con frío, preparados con calor.

Para obtener una buena cosecha, el agricultor prepara sus tierras con esmero, las cuida con afán, las da el sudor de su frente, porque confía y espera; tiene fe y no desmaya, sabe que los frutos no se cosechan sin trabajo y perseverancia; y ¿has de ser tú, hombre culto, lleno de saber, de alma dirigida, el que no has de comprender esas cosas tan sencillas? Estos humildes aldeanos ni se entristecen, ni desmayan, ni pierden la fe en su trabajo. Con frío intenso, y con sol calinoso, cumplen su misión de obreros de la tierra.

Saben de otros países, de riquezas, de comodidades, y, sin embargo, no se amargan con su pobreza: se resignan. La re-

dad, y dejando a Montornés admirado de aquel aire de exquisita delicadeza que traslucía en sus menores ademanes, y de la fresca y frágil belleza de su gentil persona, fué entre las callejuelas doseladas de follaje, atravesando por entre las matas de hortensias floridas, flotando la vaporosa tela de su vestido blanco entre aquella oscuridad del verde en sombra, como un jirón fantástico de gasas orientales.

Montornés la miró desaparecer sin acabar de darse exacta cuenta de lo que le estaba sucediendo.

—¡Pues señor!...—se dijo para su capoté—. ¡A cualquiera le hago yo creer esta aventura en lugar tan quieto y prosaico como este condenado pueblo de Valdecabres!... Y esta es una de las descendientes de esa famosa familia de horca y cuchillo que vive aún arrimadita a la cola... Preciso es confesar que es una encantadora criatura; muy bonita, sí, ¡muy bonita!

Ya venía Mercedes, ligera, con una bandeja, donde en un vaso finísimo de Bohemia irisaba sus tonos de oro un refresco de limón, y lucía sus bordados una coquetuela servilleta de esterilla con encaje inglés.

—¡Va usted a servirme!...—murmuró muy agrado el ingeniero, levantándose y saliendo a su encuentro—. No merezco yo tanto; no podré pagar a usted estas atenciones tan espontáneas.

—No hablemos de pagar, señor Montornés. Nosotros, toda mi familia, somos los que estamos en el caso de manifestar a usted (sobre todo a su hermana) la gratitud que les debemos. El doctor Gobieta hizo mucho por nosotros... Yo hubiese ya ido a ver a Caridad y a conocer al nene; pero las hijas

de familia no podemos hacer nuestra voluntad, y mi madre tiene un carácter tan especial...

La cenicienta calló como asustada de lo que acababa de decir a un extraño. Montornés observó el rubor, que le subió a la cara como una ola de sangre al nombrar a Caridad, y luego el tono amargo con que murmuró una queja, velada contra el abuso de autoridad que padecía.

Considerando imprudente insistir preguntando, bebió de un tirón el refresco y dejó el vaso encima de la mesa rústica del cenador. Dudó si sentarse. Aquella muchacha estaba sola; pero parecía encontrarse tan confiada en la compañía de él; tan segura de sí misma a la vez; tan ajena a todo convencionalismo social, y tan llena de natural sinceridad en sus ofrecimientos, que a él le pareció ofensivo despedirse; irse y dejarla completamente sola en aquel caserón, sin brindarle a lo menos un rato de compañía en su abadono y de distracción en el hondo aburrimiento que decían los ojos; en el tedio fastidioso de la vida monótona del pueblo, que se leía en la sonrisa cansada, que vagaba por sus labios cuando estaba abstraída.

Resueltamente sentóse a su lado, y sin hablar comenzó a mirarla; con su cara preciosa de princesa de cuento de hadas; con sus ojos de acero, sin fondo, rebeldes al examen; con sus cabellos áureos, ejercía sobre el espíritu de Montornés una repentina y extraña fascinación. En su contemplación muda le sorprendió la joven, y sin manifestar el menor asombro ante aquella mirada tan nueva para ella, pobre cenicienta, sonrióle tan dulce, tan mimosa, que la sonrisa aquella resbaló por el alma

de Federico, reconfortante y cálida como una caricia.

Siguió mirándola, empapándose en la inquieta dulzura de aquellos ojos grises, de cuyo fondo parecía salir una extraña luz que intrigaba al ingeniero, pero que tenía, sobre todo, una franca expresión de cordialidad, de sinceridad... ¡Qué preciosos ojos! Montornés, atraído por ellos, miraba avaricioso y le desconcertaba la indiferencia con que la joven sabía soportar aquella mirada que ya comenzaba a ser ardorosa.

Poplaba un airecillo sutil, y las gudejas rubias asotaban el cuello desnudo. El huerto olía a jazmines y claveles. Montornés adoraba aquella estatura de carne, cuyo espíritu se ocultaba cuidadoso a sus pesquisas, y la muchacha, fría, quizá pensaba en Joaquín Madoz.

Volviéronse a encontrar otra vez los ojos de los dos, y esta vez los de ella tuvieron una pregunta que contestó suavemente el ingeniero.

—Estaba pensando en lo bonita que es usted; es usted preciosa—dijo con calor.

Tranquilamente, con expresión de chiquilla que se siente halagada por una encantadora novedad, rió Marta de las Mercedes.

—Y es un pecado mortal tener a una mujer como usted encerrada en este pueblo mezquino.

Sin darse cuenta, sin saberlo, Montornés había tocado la cuerda sensible. Mercedes sonrió tristemente; suspiró después; se recostó luego en el banco con una postura admirable que no hubiese podido idear la coquetería más diestra, y, cortando unos jazmines que le rozaban la cara, prendiéndolos en el escote, dijo con lentitud:

observar la muchacha—. Ha ido con el doctor y con mi hermano Juan de Dios a comer a la Enológica, invitados por el ayudante, que celebra hoy los días de su mujer, y no volverán hasta muy tarde

—¿Enonces?...—murmuró pensativo Montornés.

—Pero no se apure, que vamos a arreglarlo todo. Severina va a buscar caballerías y hombres en seguida. Puedes ver al tío Monot y a Chimno. Están llevando gavillas a la era, pero les dices de mi parte que lo dejen todo.

Y mientras Severina se alejaba diligente y el chófer seguía trasteando en el motor averiado, Federico Montornés, obedeciendo a un signo mudo de la preciosa muchacha, entró en pos de ella en el jardín grande, bastante bien cuidado, donde los árboles balanceaban, voluptuosos, su ramaje, y el surtidor, cayendo en la vieja taza de la fuente, rezaba larga plegaria de quejas y de lágrimas, recordando los amores muertos que damas y galanes de otros tiempos se dijeron al arrullo de sus estrofas de cristal. Bajo el cenador, cuyas paredes cubrían los jazmineros olorosos, la rubia princesita hizo sentar al joven sobre un banco de madera, donde yacía abandonado un libro.

—Voy un momento a casa a prepararle a usted un refresco. Ya me dispensará si no le sirvo como usted se merece y como yo quisiera; pero estoy completamente sola, y, como dice el refrán, «no se puede repicar e ir a la procesión». Mi madre y dos de mis hermanos se marcharon ayer a casa de un pariente gravemente enfermo, y estoy sin más compañía que la de Juan de Dios y esa mujer que ha ido en busca de las caballerías. Vuelvo en seguida. Dada esta sencilla explicación con toda naturali-

ción, le hicieron presentir que se encontraba en presencia de alguien que debía a la herencia mucho de aquella distinción, no adquirida ciertamente en los estrechos límites de la educación ni de la sociedad mezquina de Valdecabres.

—¿Es a una de las señoritas de Valdigna a quien tengo el gusto de hablar?—preguntó, descubriéndose.

—Me llamo María de las Mercedes de Valdigna—asinó la muchacha con leve inclinación—, y usted es, si yo no me engaño, el señor Montornés.

—El mismo, para servir a usted. Y ya que tan sencillamente acabamos de presentarnos sin el auxilio de ajenas intervenciones, la seguiré a usted con mucho gusto, no para que cure lo que usted llama mi herida, y que no es sino un rasguño insignificante, sino para aceptar de usted un vaso de agua y descansar junto a tan encantadora compañía unos momentos, mientras mi coche está en condiciones de seguir su camino.

El mecánico, que trasteaba el motor, levantó vivamente la cabeza al oír esto, y contestó con aire contrariado:

—Me temo que si el señorito quiere continuar el viaje habrá de hacerlo mañana en la diligencia, porque tenemos una avería de tanta consideración, que se habrá de llevar el coche a un taller de reparaciones.

Y el chófer enseñaba al ingeniero unas piezas rotas. Montornés pareció tomarlo con bastante calma.

—Vaya usted a buscar a don Joaquín Madoz—dijo al mecánico—, y veremos de dónde sacamos, con su auxilio, un par de mulos que arrastren esto hasta el patio de la posada, provisionalmente.

—Don Joaquín no está en casa—se apresuró a

—Eso que acaba de decirme será una galantería sin duda, pero es una verdad muy grande. Es un crimen encerrar la juventud llena de ensueños y de anhelos, ansiosa de lo desconocido y de lo inmenso, en la jaula aborrecible de un lugarejo donde no hay horizontes, donde no hay belleza, ni arte, ni altruismos, ni generosidades claramente comprendidas, y donde forzosamente los corazones jóvenes han de languidecer en el hastío... Algunos ratos, cuando la sangre hierve y las energías se despiertan, he deseado irme lejos, en busca de otra vida donde haya sol y libertad...; hombres que sepan darnos el amor que nos falta. Usted no sabe, por que es hombre y es libre, el tormento de esta vida monótona, igual, de isocronismo desesperante, em que, como bestias, hacemos nuestra existencia automática, vida de esclavitud y de opresión que acaba con todos los sentimientos buenos a fuerza de sepuitarlos bajo la máscara de la frialdad que nos impone este ambiente de muerte. El despecho y el rencor se amasan con lágrimas. Vamos hudiéndonos en ese cieno poco a poco hasta quedar completamente insensibles a todo lo bueno, convertidos en perfectos egoístas. ¡Ay, si yo pudiere irme!...

Como en el día de la tormenta, Mercedes se desbordaba en elocuente confidencia. La amargura doliente de la queja sobrecogió a Federico Montornés, hombre de mundo, poco acostumbrado a sinceridades parecidas. Mercedes necesitaba hablar, confesarse con alguien, descansar su corazón hinchado de penas, y hablaba, impetuosa, desnudando su alma ante aquel hombre que se asustaba un poco de la vehemente agitación sentimental de la

moza, y se compadecía mucho de los dolores recónditos de un espíritu delicado y exquisito.

—¿Y por qué no se marcha usted?—preguntó.

—¿Cómo?—dijo con ironía María de las Mercedes.—Únicamente de dos maneras podría verificarlo: o saliendo de mi casa en franca ruptura con los míos, que se opondrían severos, para pedir al traba bajo la libertad y la independencia, o del brazo de un hombre bastante bueno para quererme y bastante generoso para casarse conmigo... ¡Lo primero es fácil que suceda si el destino tira mucho de la cuerda...; es fácil que suceda en una hora loca de rebelión... Hay días que me siento capaz de renegar de todo; hasta de los abelengos malditos que nos encadenan... Pero, en fin, dejemos esto. Cuando toco ese tema, desbarro, Sr. Montornés. En cuanto al segundo medio, es inútil soñarlo... ¡Un marido para mí!

La muchacha reía con risa nerviosa, que tenía temblores de sollozo.

—¿Por qué dice usted eso?—exclamó con acento de reconvencción el ingeniero.

—¿Y usted me lo pregunta; usted que no puede menos de tener, a pesar de su juventud, bastante experiencia de la vida? ¿Quién hay que tenga la abnegación de cargar con una mujer completamente pobre? Yo, por mi educación, por mis aficiones y hasta por mi origen, no puedo casarme con un muchacho del pueblo, que me adoraría ciertamente, pero que no me haría feliz. Los otros, los que por su posición social o por su carrera están en condiciones de comprenderme... esos buscan, y hacen bien, el equilibrio material en el casamiento; esos razonan; no son ni bastante románticos para ena-

que daba al camino. Iban a abrirla cuando se oyó el fragor del motor que arrancaba en primera marcha; después el topeazo del choque, y luego, nada...

Abrió nerviosamente la joven. Ante ella, la cinta de la carretera polvorienta se revoleaba como un reptil. A lo lejos, el carromato, puestas en orden sus bestias, se arrastraba, crujendo sobre los baches del camino. En el recodo, el auto quieto, cara al bloque granítico, parecía más grande en su importancia de fiera inutilizada. El mecánico reconocía el motor escrupulosamente; el dueño del coche se ataba, ayudándose con los dientes, un pañuelo a una mano, y sobre él se destacaban, oscuras, unas manchas de sangre.

—Vamos, Severina; ese hombre está herido. Vamos. Quizá podremos servirle de algo—exclamó la joven, apresurando el paso.

Bajo la capa ardiente del sol que abrasaba, Federico Montornés explicó brevemente lo ocurrido. Su herida no era tal, sino una rozadura sin importancia; una erosión que había levantado un poco la piel. María de las Mercedes se mostraba inquieta contemplando las gotas de sangre, y con su vocecita musical, como arrullo de fronda o cantar de arroyuelo, se ofreció a lavarla con sublimado si él quería entrar un momento en su casa, que estaba a dos pasos. Y como la joven señalase con su mano preciosa el palacio que les daba la espalda, entre las arboledas del hortal, Federico adivinó. Ya al primer golpe de vista, el aspecto de la muchacha, delicado y frágil, dióle una sensación de aristocracia, de señorío, de refinamiento, cosa inesperada en el poblacho tosco; y luego sus razones de ingenua y espontánea cortesía, dichas con suavidad y correc-

signación no es renunciamiento; es una virtud. ¿Te sientes infeliz porque no puedes realizar tus ideales pedagógicos? ¿Te quejas de no ser comprendido? Trabaja, espera y te comprenderán; no te desanimas y vencerás. Ten en cuenta que «los hombres son siempre, en el momento en que se les observa, lo que pueden ser; perdonémosles y démosles los medios de llegar a la meta con probabilidades de buen éxito», pero no te amargues. ¿A qué puede llevarte tu pesimismo? A la infelicidad. ¿No sabes que «sólo es feliz quien cree serlo»?

En el tiempo que llevamos en esta pradera has visto pastores harapientos, mujeres sudorosas, hombres con la azada al hombro o el arado sobre el yugo de la yunta. Cada cual con su cruz. Y ellos nos han saludado amables, y algunos hasta cantaban felices tras sus perezosas vacas. ¿Qué motivos tienen para estar alegres? Ellos cultivan unas tierras pobres que a fuerza de sudores les da un menguado sustento. Tú puedes labrar almas y obtener ópimos frutos.

—Mucha omnipotencia reconoce usted al Maestro por obra de su bondad.

—Yo entiendo—dice un tercer Maestro en demasía vehemente—que ya que falta a la Escuela ese consorcio de voluntades (padres, autoridades, Maestros) de que tanto precisa para que dé su producción cultural máxima, y el Maestro está solo, completamente solo, debe este recabar todos sus derechos por medio de las Asociaciones, y en los pueblos, cuando sea preciso, como aconsejaba un profesor de gimnasia, con los puños.

—Es que—dijo sonriendo el anciano Maestro—usted no recuerda que ese profesor de gimnasia, a quien alude, era coronel, mandaba un regimiento, y la fuerza suele ser la razón de la sinrazón de muchas cosas. Es un mal ejemplo en quien debe ser modelo de templanza y de firmeza suave esos alardes de bravuconería.

El Maestro es amor, indulgencia. Lejos de él la ira y la intransigencia. Además, esas amarguras que dicen ustedes sufrir, ¿tienen su causa en los pueblos? Piensen si no hay un error imperdonable en ustedes al considerar el mal donde no radica. Yo entiendo que no hace falta recurrir a los puños para hacer pedagogía en las Escuelas rurales, ni pensar en deserciones para encontrar la felicidad.

—¿Cómo implantará usted la pedagogía moderna en pueblos donde todo lo que no sea canturreo, delecto y tener seis horas en encierro a los niños lo juzgan «perder el tiempo»? Es muy bello en teoría «mirar la nave que aparece por el horizonte...»; pero es inaplicable en estas Escuelas. Me amarga hojear las revistas pedagógicas y convencerme de mi impotencia para tener mi Escuela en concierto con las extranjeras...

—Otro defecto del que tienes que corregirte. Consideras bueno todo lo que no lleva etiqueta en castellano; te haces eco de ese pernicioso modernismo siempre dispuesto a todo lo importado, como si los Maestros españoles, en vez de copistas y receptores, no fueran creadores. ¿No hay Maestros en España? Y lo extranjero, ¿está exento de faltas? ¿Es que hemos de seguir siempre considerando infalible todo lo que no venga escrito en castellano? ¿Ha de ser nuestra misión exclusivamente de copia y crítica? No. Debemos formar y practicar una pedagogía marcadamente española, utilizando para ello lo bueno que hay en toda obra humana y orillando lo inaceptable. No merezcamos el calificativo de meros receptores de ideas. En educación y enseñanza hay mucho por hacer. ¿Por qué no habéis de ser vosotros, Maestros jóvenes, los que logréis conseguir todo lo que falta para crear una pedagogía genuinamente española que haga de España la nación grande, depurada y culta con que soñaba el gran Giner...

—¿Pero cómo podré sin ayudas de ningún género desbrojar, sembrar y recoger fruto?

—Ya te lo he dicho antes. Mirando cómo se cosechan los frutos. Con fe y trabajo, esperanza y optimismo. Sin almas febles que desertan al primer ataque y se acobarden porque la vida de quienes les rodea es pobre y aburrida. Con ideales definidos, con propósitos firmes. Y, sobre todo, con bondad, desinterés y abnegación; teniendo para el ignorante, en lugar de un altivo desprecio, una enseñanza y un perdón...

El toque del Angelus resonó grave en la serenidad del atardecer; cortó la palabra incrementemente del venerable Maestro, y puso en nuestros labios la sencilla oración.

FELISA NAVAJAS DE HERNANDEZ
Valleruela de Sepúlveda.

¡Y ASÍ SEGUIMOS DECAYENDO!

Entre las novedades del nuevo Estatuto están la reducción de horas de clase y la acumulación de los días de fiesta (excepto los domingos y nacionales) en un sólo período de vacación.

Esta medida está ya produciendo sus efectos; hasta mí llegan noticias de que en muchos sitios se ha confeccionado el flamante almanaque escolar; en otros, ante las diligentes órdenes de los Inspectores, los Maestros se reúnen para cumplimentar la soberana disposición; y en algunos, los menos, por desgracia, se resisten a obrar, ante los inmediatos perjuicios que ven para la Escuela nacional con la implantación de tal medida, y esperan *instrucciones* que aclaren el particular.

Razonaré algo sobre este asunto; más antes diré que el artículo 10 del Estatuto parece que constituye algo así como un resumen de lo dicho en un artículo de D. Sidonio Pintado, inserto en el número 6.453 de **El Magisterio Español**. Este señor, después de exponernos, con gran lujo de detalles, las vacaciones escolares en otros países, acaba abogando por lo que hoy constituye un mandato.

Pedagógicamente no hay que discutir que son seis muchas horas, para tener encerrados a nuestros pequeñuelos en locales que, en su mayoría, constituyen una vergüenza y un oprobio; pero también es altamente contraproducente el que niños y Maestros pierdan los hábitos de laboriosidad con una larga vacación que ya produce hastío.

¿Pero es así como se va derechamente a la dignificación de la Escuela nacional? No, y mil veces no. Me atrevo a asegurar que se nos lleva al más completo descrédito. La razón es fácilmente comprensible; argumentemos un poco sobre la misma.

Se autoriza para suprimir todos los días de fiesta religiosa, sin excepción, y compensar esas supresiones con otros días enlazados al período grande de vacación; hoy de cuarenta y cinco días, mañana de sesenta, de sesenta y cinco, de los que sean; el número no hace al caso. Como las fiestas religiosas suelen ser las *ver-*

daderas en los pueblos, no así las nacionales, que no las conocen y que serían las fácilmente suprimibles, el Maestro, en cumplimiento de lo que le mandan—y el sumiso acata—abrirá la Escuela en tales días y se pasará cruzado de brazos las cinco horas; no ha ido ningún niño; su conciencia está tranquila; cumplió con el deber permaneciendo en su puesto. Pero semejante proceder le desacredita ante el pueblo, que se da cuenta de la martingala, y con ello tendrá un enemigo irreconciliable, el cura párroco, que verá en el Maestro algo pecaminoso para su causa.

El Estado, pues, en vez de remunerar decorosamente al Maestro, como sería el camino derecho, le concede vacaciones con largueza, para que la aversión a la Escuela sea cada vez mayor, para que los detractores de la Escuela oficial, que son muchos, se aprovechen de esas circunstancias y sea el Maestro el blanco de sus apreciaciones, tachándolo de incapitado, cuando ese injusto dictado lo merecen más quienes le cortan la libertad para que cumpla su sagrada misión sin cortapisas de ningún género.

Pero hay más; no sólo se le sitia por hambre; no sólo se le somete a una arbitraria disciplina, sino lo que es más triste y lamentable, se le consiente el más desenfrenado intrusismo. Lo dijo Gascón y Marín: al lado de la Escuela nacional, desierta, están otras repletas de muchachos, y al frente de ellas individuos sin ninguna preparación profesional.

Hay que deshacer el error; por nuestra dignidad debemos hablar claro y decir que el Magisterio está suficientemente capacitado para realizar la misión educadora que se le tiene encomendada, y que los verdaderos culpables del desquiciamiento de la Escuela oficial son los que, teniendo la sagrada obligación de protegerla y dignificarla, la dejan huérfana de todo apoyo, sometiendo, en cambio, a sus Maestros a preceptos que están en pugna con los deseos del pueblo.

Pero hay otro enemigo de la Escuela nacional: las comunidades religiosas. Es-

CRONICA GENERAL

De Madrid

Ayer quedó satisfactoriamente resuelto el conflicto planteado el sábado en el Banco Urquijo. Arregladas las diferencias entre la gerencia y el Sindicato de empleados, éstos reanudaron el trabajo en las primeras horas de la mañana, sin que ocurrieran incidentes.

—A las cinco de la tarde se reunieron los ministros en Consejo.

El ministro de Instrucción pública, señor Salvatella, llegó a las seis, de uniforme de diario, y en un automóvil real.

Acababa de llegar de Salamanca con su majestad el Rey, y al saber que sus compañeros se hallaban en Consejo, se dispuso a marchar a la Presidencia. Entonces su majestad, para que llegara más pronto, le ofreció su coche.

A las nueve y cuarto terminó el Consejo, del que se facilitó la siguiente nota:

«Comenzó el Consejo haciendo un examen de los debates parlamentarios, quedando acordada la actuación del Gobierno en las Cámaras en relación con todas las cuestiones pendientes.

Examinada la cuestión de Barcelona, el Consejo designó el gobernador de dicha provincia, con objeto de que salga inmediatamente para desempeñar su cargo.

Se despacharon algunos expedientes».

—La huelga de obreros, cobradores y conductores de autobuses sigue igual. Parte de los obreros son contrarios a la huelga, y fueron objeto de coacciones por los huelguistas en la calle de Alcalá.

De provincias

En Almería se verificó ayer el anunciado mitin sindicalista, en el que los oradores aconsejaron la adopción de procedimientos de violencia. Se acordó pedir la libertad de dos mineros de Serón sujetos al fuero de Guerra, destitución del capitán de la Guardia civil y planteamiento de la huelga general por plazo indefinido hasta conseguir lo anterior.

En su consecuencia, a las doce de la noche dió comienzo el paro.

Las fuerzas del regimiento de la Corona han salido en patrullas a la calle, distribuyéndose en diferentes sitios estratégicos.

tas tienden a acaparar la enseñanza en todos aquellos sitios donde les es posible la vida. Por donaciones de almas piadosas suelen disponer, en su mayoría, de buenos locales. Las enseñanzas las revisitan de todo el aparato posible para deslumbrar a los padres y embriagar a los pequeños, y ahora, el mismo Estado que tan mal atiende lo que le es obligado, comienza por subvencionar con 1.000 pesetas a cada religioso o religiosa que se dedique a la enseñanza. Como el aumento del número les será fácilmente ampliable, veremos crecer ese personal, ya que ello constituirá un saneado ingreso para la comunidad.

Hago punto a estas líneas. Sean ellas un toque de atención para que sin contemplaciones de ningún género exijamos como hombres lo que tal vez mañana haremos como mujeres. Hay que demostrar a las autoridades que en aquellas regiones donde el Magisterio nacional lleva la dirección verdad de la niñez, el analfabetismo alcanza un escaso tanto por ciento. León, Asturias, Castilla la Vieja, las Vascongadas y otras donde hay casi exclusivamente Escuelas oficiales, el estado de la enseñanza es floreciente. En aquellas otras regiones donde a la Escuela nacional se la tiene relegada al olvido, sobre todo por parte de las autoridades locales que protegen incluso el intrusismo, el grado de cultura es tan deficiente que raya en lo increíble.

La capacidad de los Maestros es la misma; sólo varía el medio ambiente en que han de desenvolver su cometido. En aquellas regiones se procura rodear al Maestro de todo el estímulo que necesita; en éstas se le mira con recelo, se le odia, y este odio nace de que, en tanto la Escuela nacional tiene cerradas sus puertas por imperioso mandato de la ley, la particular ha de retener a los niños mucho tiempo, y durante todos los días para que no falte la *perra gorda*. El fruto que la enseñanza obtiene no sólo es nulo, sino lo que quizá sea y es más grave, hasta pecaminoso para los ideales de la patria. Esta es la verdad.

JUSTO NUNEZ RODRIGUEZ

Arcos de la Frontera (Cádiz).

“ENTRE MONTAÑAS”**Ejemplar, 5,00 pesetas.**

El gobernador ha publicado un bando prohibiendo la formación de grupos y anunciando que se hará lo posible porque las tahonas no dejen de funcionar. Los huelguistas han prometido facilitar pan exclusivamente a los centros benéficos.

La huelga es reprobada por la opinión, que elogia la energía de las autoridades.

—La huelga de Barcelona sigue en el mismo estado. Hoy se vieron menos carros que en los últimos días. Los escasos que circularon lo hicieron escoltados por la fuerza pública.

Han anunciado que irán a la huelga los obreros del gas y la electricidad.

En los mercados escasea la fruta y la verdura, que han subido extraordinariamente de precio.

—En Salamanca se ha inaugurado el Congreso de Ciencias. Presidió la solemne sesión el Rey con los ministros de Instrucción pública de España y Portugal.

Esta mañana se celebró la sesión inaugural de la sección de Ciencias. El rector de la Universidad de Lisboa, D. Pedro José da Cunha, disertó acerca del tema «La teoría general de los conjuntos y de sus aplicaciones a la teoría general de las funciones de los variables reales».

Extranjero

Hoy ha empezado en Londres sus sesiones el Congreso internacional de Aeronáutica. Asisten 450 delegados, de 17 países.

La sesión de apertura fué presidida por el príncipe de Gales, y el discurso inaugural fué pronunciado por el subsecretario de Aviación, duque de Sutherland.

—Los soviets han vendido a un consorcio holandés diamantes y joyas de la corona rusa por valor de 125.000.000 francos.

—Aun cuando continúan echando las bocas del Etna alguna lava, han cesado ya en su avance algunas corrientes, tornándose cada vez más lenta la marcha de las demás.

—Telegrafían de Río Janeiro que ha brotado en la región del Amazonas una especie de cráter que arroja fuego constantemente; pero abierto en medio de la planicie.

Los sabios señores Hernahí y Fonseca han salido para estudiar el caso sobre el terreno.

Correspondencia

Celada de la Torre. F. D. C. Basta con poner Maestro.

Mora de Toledo. A. G. P. En las condiciones que dice, le darán la plaza al otro consorte, salvo que haya algún aspirante del primer turno, que es el reingreso o de traslado forzoso, que también es de turno anterior.

Ballesta. J. G. Un oficio y la relación triplicada. Una peseta por la certificación de fé de vida.

Cabeza la Vaca. A. R. Reclame cuando se abra el plazo.

San Esteban de Budiño. V. J. No le excluirán. No hay nomenclátor hasta que no lo hagamos nosotros. Aproximadamente, 250.000 marcos. En cuanto sea nombrados para otra Escuela tendrán que permanecer en ella tres años.

Caldas de Montbuy. J. B. Hasta el año próximo no se anunciarán. La Asociación Nacional.

Monforte de Lemos. A. C. No hace falta instancia.

Valdepeñas de la Sierra. S. V. Conviene esperar nuevas instrucciones. Debe citar la categoría que ahora tiene, poniendo en el lugar de las observaciones la fecha en que se le concedió el ascenso.

Ecija. I. V. No tenemos todavía el nuevo censo para poder servirle este dato.

Valdelageve. L. P. Solicítelas; si alguna pasa del censo, ya prescindirán de ella.

Bilbes. M. I. C. Llamamos la atención; está equivocada al suponer que todo depende de nosotros; si así fuera no se hubiesen dispuesto ciertas cosas, y otras estarían explicadas, y dictadas instrucciones saludables.

Yuncillos. E. M. Se le ha avisado como a todas.

Noceda del Bierzo. U. G. Se le enviaron las hojas de estadística; les podemos proporcionar esos libros a sus precios corrientes (8 pesetas la Geografía y 10 pesetas la Historia).

Aveinte. M. G. H. Tiene usted el 3.884.

Longas. I. T. M. Tiene el 8.536; hace tiempo han debido darle el Escalafón.

Villabermudo. C. C. Tiene ese número en el Escalafón, y es el que debe citar hasta que salga el nuevo folleto.

Oposiciones a escuelas

ACADEMIA DE SAN FERMIN

Fuencarral, 119, 1.º (Glorieta Bilbao) Madrid

El Magisterio Español.—Apartado, 131.